

CUATRO CARTAS DE UNAMUNO A MATHILDE POMES

A modo de introducción a la lectura de estas cuatro cartas de Unamuno a Mathilde Pomès, quiero dedicar un recuerdo a esta mujer, admirablemente francesa y "unamuniana", a quien don Miguel consideraba como "uno de los míos de la Francia española, de los que conocen mi espíritu y el de mi España" (carta del 4 de mayo de 1933).

En su habitación de la "Maison de Retraite Galignani" de Neuilly, donde la conocí este verano, rodeada de sus muchos libros que ya no puede leer, doña Matilde a sus 88 años mantiene vivo el recuerdo y la admiración por España y sus viejos amigos españoles.

Licenciada en Letras por la Sorbona, completó sus estudios de español en la Facultad de Letras de Madrid donde tuvo como profesor a don Ramón Menéndez Pidal. Luego dedicaría toda su vida a la enseñanza, a sus estudios y publicaciones sobre literatura española, a sus traducciones de autores castellanos, a sus poesías y a sus viajes especialmente a España donde contaba con tan buenos amigos.

Entre todos los escritores españoles que estudió, tradujo y conoció personalmente, ninguno dejó en ella una huella tan profunda como ese "grand homme" que fue don Miguel.

Todavía reciente su sorpresa y su dolor por la muerte de Unamuno fue invitada por "La Tribune poétique" de París para pronunciar una conferencia que tituló "Adieu à Don Miguel de Unamuno", cuyo borrador sigue conservando hoy entre sus viejos papeles que no se atreve a romper. Luego la publicaría junto con su traducción de las Poesías de Unamuno en un libro¹ cuya edición costó personalmente con sus ahorros como el mejor homenaje que podía hacer a la memoria de don Miguel.

En esta conferencia, entusiasta evocación de la obra y personalidad de Unamuno y sincera confesión de "la place qu'il occupait dans ma vie", recuerda su primer encuentro con él. Fue en Salamanca a finales del mes de diciembre de 1920 y en su casa de la calle de Bordadores donde ella se presentó a las 10 de la mañana "comme ça, au petit bonheur". De aquella primera conversación sobre sus estudios y sus lecturas le quedó grabada para siempre la pregunta que Unamuno le lanzó "avec un regard dur et clair, des yeux qui me voient jusqu'à l'âme": "Ou en êtes-vous avec la mort?".

¹ M. DE UNAMUNO: *Poèmes*, Les Cahiers du journal des poètes (Bruxelles 1938).

Aquella primera prueba “unamuniana” debió resultar satisfactoria para don Miguel, pues decidió dedicar toda la tarde a enseñar la ciudad a aquella joven francesa. “S’il existait un chef-d’oeuvre dans le genre visite de ville, ce serait celle-là”. Fue tal el impacto de aquel primer encuentro que —como ella afirma tan expresivamente— “il me faudra deux jours pour me ressaisir, comme si j’avais connu un prophète, comme si j’avais vu se dresser devant moi, marcher et me parler, le terrible Moïse de Michel-Ange”.

Unamuno se referiría también a esta visita en su primera carta a doña Matilde: “Me procuró un buen rato de liberación y de escapada a campos de que no siempre puedo gozar” (28 de marzo de 1922).

Este verano de 1974 —54 años después de aquella visita— revivió doña Matilde conmigo en sus más mínimos detalles las impresiones de aquel primer encuentro.

Se encontrarían después más veces. La última —una tarde de abril de 1936— en la Embajada de España en París. Al descubrirle allí inesperadamente no pudo contener un grito: ¡Don Miguel! “Le cri —comenta ella— est si visiblement parti du coeur que Don Miguel, qui n’est pas expansif, m’embrasse à l’espagnole. Il me fait asseoir et sur-le-champ, comme si nous étions quittés la veille, nous revenons à nos moutons”.

Quedan ahora como magnífico testimonio de aquella amistad las cuatro cartas de Unamuno, ese pequeño gran tesoro que doña Matilde guarda con tanta devoción. En el momento de publicarlas era justo dedicar este recuerdo a quien Unamuno llamó “buena amiga y compañera de anhelos” (carta del 28 de marzo de 1922).

Sólo me resta ahora agradecerle a ella desde estos Cuadernos —donde publicó algunos de sus trabajos— su constante y entusiasta dedicación de muchos años al estudio, la enseñanza y la traducción de tantas obras de nuestra literatura². Labor mercedamente reconocida con la concesión del Collar de Isabel la Católica (1935) y el título de Caballero de la Orden de Alfonso X el Sabio (1960).

De un modo más personal he de agradecerle también la espléndida y amabilísima acogida que me brindó así como sus inapreciables lecciones vivas, llenas de humanidad, de nuestra historia y nuestra literatura que

² Entre las obras de MATHILDE POMÈS dedicadas a la literatura española figuran las siguientes: *Poètes espagnols d’aujourd’hui* (1934), *La littérature catholique en Espagne après la Ière guerre mondiale* (1934), *Le Romancero* (1947), *Persiles et Segismonde de Cervantes* (1947), *Anthologie de la poésie espagnole* (1957), *Un classique vivant: Alfonso Reyes* (1955), *Littérature espagnole au XIX siècle* y *Littérature hispanoaméricaine* en la *Histoire de la Littérature universelle* de Larousse. A estos trabajos hay que añadir sus traducciones de diferentes autores (Benavente, Echegaray, Unamuno, Ortega y Gasset, Gómez de la Serna, García Lorca, Larreta, Mistral, Lafuente Ferrari, Caro Baroja, etc.) así como sus colaboraciones en diversas revistas francesas y extranjeras y la sección “Lettres Etrangères” de la *Revue des Deux Mondes* a su cargo desde 1958.

ella conoció en contacto personal con sus grandes amigos españoles: Unamuno, Juan Ramón Jiménez, García Lorca, Salinas, Falla.

Y finalmente mi agradecimiento por haberme confiado estas sus cuatro cartas. Publicándolas aquí, donde tantos estudiosos y admiradores de don Miguel podrán valorarlas y comprenderlas mucho más de lo que pudiera estar a mi alcance, cumplo, con mucho agrado, el deseo de doña Matilde de darlas a conocer.

FERMÍN R. CAMPOAMOR

El Rector de la Universidad de Salamanca
Particular.

A Mlle. M. Pomès:

Si no he contestado ya, mi buena amiga y compañera de anhelos, a su carta del 14 es porque no me daba en ella su dirección. Y aun cuando me la hubiera dado habría esperado a poder hacerlo con sosiego. Y sosiego, en esta mi vida de batalla, ¿cuándo? Su carta me recordó su visita y cómo ésta me procuró un buen rato de liberación a campos de que no siempre puedo gozar con calma. De las cuartillas que acompañan a su carta ¿qué le voy a decir? Pero sí, se lo diré a corazón abierto y es que como yo tengo que cumplir una misión no solo en bien de mi patria, España, sino de los demás, todo lo que redunde en mi pro sirve a mi obra. Y se lo agradezco con toda el alma, y Dios se lo pague pues que a El, en último caso, sirve.

No sólo puede usted publicar la traducción de "Dos madres" sino que le doy por ello las gracias.

Yo no sé si Me. André Corthis emprendió o no la traducción de mi "Nada menos que todo un hombre" mi novela que más éxito aquí ha tenido. Y en Italia.

Un joven hispanista, y muy inteligente y no pescador de tesis tan sólo, M. Bataillon, está traduciendo para la casa Plon Nourrit, el primer tomo de mis "Ensayos" o sea "En torno al casticismo".

Pero hablemos de otra cosa o sí de mí en otro respecto. Y es el de la historia, ya que la historia es el pensamiento de Dios sobre la tierra de los hombres. E históricamente me encuentro hoy en el centro de este torbellino que es la actual revolución española. Vamos mucho más de prisa que creíamos. No hace mucho clamé en el Ateneo de Madrid y de tal modo que ello provocó la crisis de que salió Maura del poder, empieza a despejarse el liberalismo español y preveo profundas mudanzas. Y ojalá sean más que mudanzas. Y es que cuando se clama con fé, aunque sea en el desierto, las piedras se animan. Y la cabeza del Bautista clamaba hasta desde el plato en que yacía degollada.

Me han hecho Presidente de la Liga Española de los Derechos del Hombre —y defender el derecho es un deber— y espero mucho de ello.

A la vez, como verá por esta carta, he vuelto por el voto de mis compañeros y no por real orden alguna, a ponerme al frente de esta Escuela.

Y ahora ¡al cabo! me llama a Madrid el jefe del Gobierno. Iré mañana o pasado a ver qué quiere.

En todo lo cual uno —haciéndolo como lo hago— se quema, pero no hay luz sin fuego, Santa Liduvina de Schiedam, que se pasó más de 30 años postrada en cama pedía a Dios que le cargase con todos aquellos sufrimientos corporales que otros no pudieran soportar sin perder paciencia y a punto de morir que su flaco cuerpo se derritiese en óleo que ardiera ante el Santísimo. Y yo pido al Dios de mi España, al de Don Quijote, que me dé todas las indignaciones de los que no se indignan, que me haga clamar por los que callan y sentir la sed de justicia de todos los agraviados que se resignan como borregos y no como hombres.

Y basta que aunque dejo correr la pluma me percato de que otras cosas me llaman. Cuando uno se da al púlpito tiene que abandonar el confesonario. Y es lástima. Porque hubo tiempo en que ponía en una conversación íntima, cara a cara, mirada a mirada, la misma ansia que en un discurso al pueblo. Que el que va sembrando el corazón no pierde gota, caiga donde cayere.

Espero volver a escribirle y quien sabe si mis andanzas o el viento de la Providencia me llevarán por ese París al que desde mis 25 años no he vuelto.

Con que ya lo sabe, agradecidísimo a su carta y a la traducción esa y queda para siempre —siempre y nunca son mis adverbios más que de tiempo, de eternidad— su amigo,

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 28 III 1922.

A la Sta. Matilde Pomès:

Quisiera tener, mi muy buena amiga, el ánimo más sereno para agradecerle debidamente —¡ya es hora!— lo que por mi obra y por mí ha hecho con su escrito de *La vie des peuples*. ¿Qué le he de decir yo de ello? Debo guardarme la impresión que de mí reciben otros. Uno se hace y se enriquece con lo que otros hacen de él. Y hasta cuando es leyenda, la leyenda de cada cual influye en su más íntima historia.

Mas, como le digo, tengo el ánimo bastante conturbado. A preocupaciones de orden patrio, general y hasta universal y humano se unen otras de índole familiar. Pero sobre todo es un loco apetito de reposo, de descan-

so, de silencio, y el no poder obtenerlo. Soy un forzado de la pluma y de la palabra. Tengo que escribir —terrible *tener que!*— para el público y además debo hacerlo. Porque si yo callo es peor que el silencio.

"*The rest is silence*, el reposo es silencio!" dijo Hamlet al morir. Y yo bien quisiera recojerme en ese silencio y que los instantes gotearan sobre mi alma como una dulce llovizna callada sobre un lago de cumbre de montaña. ¡No puede ser!

Aquella chillería que se armó en torno mío —y de que le habló Amós Salvador— a raíz de mi visita al rey —*llamado* por éste y a decirle toda la verdad— se ha derretido. Han sabido que no fue lo que ellos creyeron sino muy otra cosa, que fui requerido y acudí a mantenerme de pie, como un hombre libre, frente al trono, y a decirle cosas que pocas veces habrá oído, si es que alguna. Y ni abdiqué ni me sometí. Y si hubo humillación no fue ciertamente la mía. Creo haber hecho con aquello un servicio a mi patria. Y he vuelto a mis campañas, a las mismas.

Cada vez me acongoja más lo que aquí pasa. La crisis íntima, profunda, de la sociedad española es muy grande. Todo se disuelve y acaso sea mejor. Por mi parte siento como nunca mi responsabilidad y más ahora, en que mi *tête-a-tête* con el rey me ha colocado ante mi pueblo en una situación de mayor peso. Porque muchos que debían esperar en sí mismos esperan en mí y yo les digo: "¡sed vosotros mismos!". Quieren que les guíe a modo de un jefe de partido y yo no puedo ni debo sino agitarles y azuzarles para que se encuentren a sí mismos. Buscan un rodrigón y yo soy un acicate.

Me invitan a ir en agosto a la abadía de Pontigny, en la Borgoña, donde irán Paul Desjardins, André Gide, Prezzolini, Ferrero, etc. ¡Si pudiera...! ¡Qué bien me vendría!

Y tengo que dejarle... El confesonario no es compatible con el púlpito.

Gracias, gracias por el aliento que con su ayuda me da.

Muy de corazón le recuerda

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 6 VI 1922.

A Mlle. Mathilde Pomès:

Le agradezco a usted mucho, mi querida amiga, su carta y los sentimientos que en ella y para conmigo muestra, pero usted comprenderá que no voy a juzgar la concesión del premio Nobel a Benavente. Creo, desde luego, que lo merece tanto como otros literatos de otras naciones a quienes antes se lo han dado. Hay una parte de su obra que creo ha de quedar, por lo menos aquí, en España, y aunque su sentido y tono se apartan mucho del que yo empleo. No olvide, además, que según parece esos premios

hay que solicitarlos, o el autor mismo o una corporación o entidad por él —o un grupo de personas— y Benavente pertenece a la R. Academia, es muy bien quisto en Palacio y el representante oficial del Reino —no de la Nación— de España en Suecia no habrá dejado de recomendar el asunto. Apoyo que ¡naturalmente! no se me había de prestar a mí. Pero eso importa poco. Voy haciéndome oír y ahora en países de lengua inglesa donde la traducción —espléndida— de mi “Sentimiento trágico” ha tenido mucho eco. Gracias en mucho al traductor, Mr. Fritch, que es un excelente escritor y puso en su obra todo empeño. Ahora me van a traducir —al inglés— las “Tres novelas y un prólogo”. En italiano van seis o siete y una de las que más éxito ha tenido ha sido “Niebla”. Verdad es que en esta bufonada novelesca puse lo más amargo de mis inquietudes íntimas. Ahí está para salir la traducción del primer tomo de “Ensayos” o sea “En torno al casticismo”. La ha hecho Bataillon. Yo habría preferido otra cosa menos exclusivamente española, una novela, pero... todo es empezar.

He recibido el volumen de lo de Gómez de la Serna. Es este muy desigual, como todo el que escribe a diario y tan profusamente como él y sin dejar madurar idea alguna, pero tiene un ingenio extraordinario, atisbos muy felices y sugerencias. Sus dislocamientos son muy nuestros. Le falta acaso calor de pasión pero no a las veces cierta acerba intimidad. Es, además, hombre en Madrid muy útil y como amigo y compañero de lo mejor que conozco. Es uno de los jóvenes con quien más simpático.

Sí que creo que en la pobre Alemania —¡qué caro paga sus muchas y graves faltas!— se esté fraguando algo capital. Ahora están haciendo la filosofía de su derrota. El libro famoso de Spengler, tan endeble y sofisticado en el fondo, es muy característico.

De lo de aquí ¿qué he de decirle? España está pasando por una gravísima crisis interior. Todo aparece en disolución. El rey hace anti-monárquicos y los republicanos de etiqueta hacen anti-republicanos y todos son antis. Y en tanto se agita y remusga e intriga una especie de reacción jesuítica aliada con el cesarianismo. No sé lo que las próximas elecciones traerán pero preveo que me van a meter en un nuevo campo. ¡Cómo quisiera poder vacar a mi obra más íntima! Pero no tengo más remedio que estar en medio de la plaza pública gritando lo que los otros callan y diciendo a todos que la justicia es decir siempre toda la verdad. En contra de lo de Pascal creo que si siempre nos dijésemos la verdad, si llevásemos todas las almas desnudas —y aun descarnadas, en esqueleto al sol— fundiríase en hermandad de amor una inmensa compasión mutua.

Le deseo un 1923 de salud, trabajo y fe y ya sabe cuán su amigo y que de verdad lo es

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 1 III 1923.

Sta. Matilde Pomès:

No sabe usted bien, mi querida amiga Matilde, toda la alegría que me ha causado su carta. Primero por saber directamente de usted. Me habían dicho que iba a venir por acá con la mujer de Paul Valéry, con quien estuve ayer y estaré estos días (con él, claro, no con su mujer). Pero no resulta. Y segundo porque —se lo diré claro— esperaba de usted, de Cassou, de uno de los míos de la Francia española ese permiso para traducirme “El Otro”. Lo esperaba y no me ha fallado mi esperanza. Se ha representado ya, aunque en una versión primera en que no había aún lo del hijo, en Alemania y va a representarse, en la forma actual, en Italia. Y me piden permiso para verterla al inglés. Claro está que no sólo para publicarla sino para representarla que para esto la escribí. El permiso lo tenía usted concedido, por la tácita, de antemano. Pero me alegro de su petición —con ella me ha hecho un gran favor— pues corría el riesgo de que se le anticipara otra persona cualquiera, una del *métier*, traductor o traductora de oficio, no más que *pro pane lucrando* y me pusiera en un brete. Pues me habría negado a su pedido en espera de uno de ustedes, de los míos, de los que conocen mi espíritu y el de mi España. Gracias a Dios que ha venido. De aquí mi alegría. Cassou, Bataillon, usted... unos pocos más son los que llamo míos. Y yo de ustedes.

De lo del cine nada le digo. Individualmente no me resigno del todo a él. Me lo impide mi culto a la palabra. Y no por su sonoridad. Mi culto al Nombre. Lo demás es ruido y cuando se sublima música. Culto a la palabra, no a la letra. Y por esto quiero que mis obras sean dichas y no sólo leídas en voz baja. Todos mis escritos los digo. Como todas las revelaciones que recibo son por el oído y aunque sean silenciosas. Vea usted, aquel Cristo de Velázquez, a quien dediqué un poema verbal, cuando lo he contemplado ahora de nuevo me ha dicho con su cuerpo desnudo radiante en la oscuridad: “Mi república no es de este mundo”.

Por todo lo cual gracias, gracias, gracias.

Ayer me entregó Madariaga, nuestro embajador, el primer ejemplar de “Avant et après la revolution” de mi Cassou. Dele, de mi parte, un abrazo en espera de que le escriba que será enseguida. Y qué impresión me ha hecho leer en su francés, tan francés y tan español, mis artículos últimos! Me ha producido la impresión de que yo podría escribir en ese francés. Ayer, precisamente, hablé en la reunión de lo de las Relaciones Culturales, hablé en francés —en mi francés— y le reservo lo que me dijo Paul Valery, que él se lo dirá. También habló, entre otros, Jules Romains. Hoy voy a Toledo, donde están Borrás y la Xirgu, a leerles mi traducción de la *Medea* de Séneca —sin cortes ni glosas— que me encargaron. Cosa del ministerio. Ha sido uno de mis mayores esfuerzos de romanceamiento del Catón senequista. Mejor traducir del griego, que es siempre más claro que el latín y no tiene para nosotros el peligro de este que es no traducirlo

sino dejar sus palabras mismas, las que nos han venido por la corriente culta. Ese pobrísimo —iba a caer en decir paupérrimo— verbo latino en que no hay = he dicho, había dicho, habré de decir, voy a decir, estoy diciendo, etc., etc. No sabe usted lo que me costó resolver esto: —*Morierre*.—*Cupio* así: “Has de morir”. “Y de gana!”. “Lo deseo” habría sido una vaciedad.

Me están imprimiendo “San Manuel Bueno y otras tres historias”. La primera de ellas, la del título, que Cassou conoce, es de lo que de más entrañas me ha salido.

Le repito que le diga a Cassou que le tengo que escribir y no sólo de su traducción ¡claro! sino ante todo de sus “Souvenirs de la terre”. Y de su artículo de “Europe” cuando lo haya leído. Conozco su contenido por referencias inteligentes.

Y... hasta otro día. O hasta siempre.

Gracias, mi querida Matilde.

MIGUEL DE UNAMUNO

Madrid

s/c Zurbano, 53, 3.º

4 V 33